

Revista de Literaturas Modernas
Número 37 (2007) 31-46

MEMORIA DEL REINO PERDIDO, EN DIEGO ABAD (1727-1779)

Mariana Calderón de Puelles
Universidad Nacional de Cuyo

Resumen

Este artículo analiza el Poema Heroico de Abad desde el tópico del destierro. En efecto, su autor pertenece al grupo de jesuitas expulsados de América en 1767 y si bien esta obra no habla de la expulsión en particular, sin embargo el recuerdo doloroso de México será una de los motivos fundamentales de la elección del género épico. La obra muestra, además, la pervivencia de este género en el siglo XVIII y la trascendencia de la literatura jesuita en la cultura de Hispanoamérica.

Abstract

The following paper analyzes Abad's Poema Heroico from the point of view of exile. The autor of the poem is an expelled jesuit from America in 1767. This work does not deal with the expulsion, but the memories of Mexico constitute one of the fundamental topics of the choice of the epic genre. In addition, the poem shows the survival of this genre in the 18 th Century and the importance of jesuit literature in the Latin American culture.

Palabras clave: literatura hispanoamericana - literatura jesuita - épica - Diego Abad

Key words: Hispano-American literature - Jesuit literature - epic poetry - Diego Abad

La obra de Diego Abad pertenece a lo que hemos dado en llamar la “literatura del expulso”. Esta comprende una serie de escritos, muy heterogéneos en cuanto a género y tema, compuestos o editados en Europa por los jesuitas hispanoamericanos, expulsados del continente en 1767. La descripción del objeto, literatura del expulso, aún está por hacerse, debido a la dificultad por reunir los textos que formarían un corpus representativo y, en consecuencia, la denominación que estamos utilizando se encuentra, por el momento, en condiciones de hipótesis.

Una de las obras poéticas más valiosas de este fenómeno es, sin duda, el poema heroico del Padre Diego Abad. Escrito en hexámetros latinos, y editado bajo el título *De Deo Deoque Homine heroica*, conoció una primera edición en 1773 y otra en 1775 y, por lo menos, dos ediciones póstumas, una en 1780 y, como reedición de esta, otra en 1793¹. Las cuatro ediciones fueron hechas en prensas italianas, donde vivió y murió el Padre Abad después de su expulsión².

La expulsión de los jesuitas de América ha sido objeto de numerosos estudios históricos, desde miradas y versiones contradictorias, ataques y defensas apasionados. Pero un aspecto es realmente indiscutible: constituyó la prueba más amarga de la Orden y el período más funesto para la cultura en América. La conspiración contra los padres jesuitas no podía reunir enemigos más diversos: los intereses económicos y políticos de los portugueses en el sur, por la misión del Paraguay, y de los ingleses en el norte, por la misión del Sacramento, los temores de Carlos III, las sospechas del Papa Clemente XIV, los ojos anhelantes de la masonería, en fin, dieron

remate a la obra de más de dos siglos junto con la vida de muchos sacerdotes, dejando en el desamparo misiones, colegios, universidades, imprentas, bibliotecas, hospitales.

Doloroso en extremo debió de ser el destierro. Muy poco tiempo tuvieron los padres para abandonar su patria (la mayoría había nacido en el nuevo continente). Arrojados en algunos países de Europa (Italia, Alemania) vieron extinguirse sus días en el abandono. Los más ancianos murieron en el viaje o a poco de llegar, otros quedaron desamparados, como el Padre Lacunza, que fue encontrado muerto en una fosa de la ciudad de Imola, después de dos días en que se había producido el deceso³.

El caso del Padre Abad no fue diferente. Según su primer biógrafo, Manuel Fabri (1956), su salud ya había sentido signos de agotamiento en México, debido al exceso de trabajo. Pero después del destierro:

[...] como aumentarán cada día las molestias de su quebrantada salud y se viera además atacado por nuevas enfermedades, marchó a Bolonia, para gozar de un cielo más benigno; en ella habitó casi un año íntegro, pero en tal situación, que aumentándose unos males sobre otros, se creía que había llegado el fin de su vida, con gran dolor, en verdad, de sus amigos. Pues por la violencia de la enfermedad había caído en un como entorpecimiento de los sentidos y en un tan lúgubre abatimiento, que muchas veces aun sentía tedio de la vida, para él molestísima (198).

En los textos de los expulsos que ya hemos analizado, un motivo se reitera: el dolor por la pérdida de América, que se manifiesta en la obra como la memoria del reino perdido.

Otro texto fantasma

En un interesante artículo, Marrero Fente (2001:57-68) utiliza el término de “texto fantasma”, creado por un librero decimonónico, para calificar a tantos textos de la literatura hispanoamericana que tienen la propiedad de aparecer, desaparecer, reducirse y aumentarse para honra de libreros, angustia de especialistas y fracaso de editores.

El poema heroico de Abad es un buen ejemplo de ello. Los primeros cantos vieron la luz en una traducción libérrima que hizo Gamarra en Madrid en 1769, sin licencia del autor. La edición completa no es la primera sino la de 1780, de Cesena, pues recién en ella aparecen los 42 cantos que constituyen la obra. A esto se le agregan las variantes en el nombre del autor que ha sido latinizado como Didacus Josephus Abadi o Iacobus Joseph, o en versión italiana como Didaco Giuseppe, o galicista como Jacques L' Abbé o, ecléctica, como Labbeus. Posteriormente desaparecen las ediciones durante el siglo XIX y reaparecen ediciones fragmentarias en el siglo XX. El fantasma, finalmente, es conjurado por Benjamín Fernández Valenzuela en 1974, quien con un aparato crítico de suma erudición y una traducción exquisita, lo encierra en una edición bilingüe de casi 800 páginas. Claro que no se trata de un ejemplar de difusión y, el hallazgo del mismo, obliga al investigador a conectarse con los especialistas.

Ahora bien, más allá de nuestros intereses bibliófilos, ¿se justifica tamaño esfuerzo heurístico? En rigor, cuatro aspectos de capital importancia coronan la empresa: el texto ilustra, como muy pocos, la literatura del expulso; manifiesta el esplendor poético y cultural de los jesuitas hispanoamericanos; completa el panorama literario del siglo XVIII en América, en las postrimerías del período colonial, oscuro y mal definido; muestra la vitalidad del género épico hasta los comienzos del s. XIX.

Literatura de expulsos

Sin haber reunido el corpus completo o necesario, teniendo en cuenta la calidad espectral de los mismos, anticipamos ciertos rasgos generales que permiten hablar de una literatura de expulsos.

El trabajo que estamos abordando es un estudio literario, apoyado sobre la investigación histórica e iluminado por la filosofía. Se impone, a nuestro parecer, un abordaje hermenéutico de los textos, dada su génesis humanística y cristiana, teniendo en cuenta que el género épico, en particular, presenta una complejidad cultural que debe ser entendida desde los principios espirituales en que fue concebido y cultivado. No pretendemos, pues, un análisis sociológico del fenómeno ni sociocrítico de los textos, no porque desconozcamos los derroteros que los estudios culturales han determinado en el espacio de la literatura colonial, sino porque, conscientemente, no deseamos dejar atrapado nuestro objeto de investigación en la reductiva dialéctica que aquellos suelen proponer⁴.

Entre los rasgos fundamentales, la memoria de la patria, desde la sencilla nostalgia hasta el dolor desgarrante, es el más sobresaliente. Sin embargo, el punto verdaderamente original, es cómo ese sentimiento se hace presente en obras no elegíacas o que no proponen aquél motivo como central. La *Historia antigua de México* del Padre Clavijero, las *Instituciones teológicas* de Alegre, el *Paseo Campestre* de Landívar, la *Prosodia* de Castro, la *Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, del chileno Lacunza, junto con la obra de Abad expresan el destierro como un corazón que bombea la sangre de sus obras, tan disímiles y variadas, aunque ninguna habla de aquél explícitamente. El infortunio de la expulsión brota como ironía en unos, despecho en otros, melancolía o resignación. Otro aspecto, igualmente identificador, es el hecho de que estos jesuitas que escriben en Europa, lo hacen para los europeos, con la notoria intención de mostrar qué clases de personas eran, teniendo en

cuenta la sospecha, la calumnia, en fin, la ignominia en la que habían caído. La recepción europea y erudita motivará aspectos fundamentales a tener en cuenta llegado el momento de encontrar sentidos, de descifrar signos o señalar fines. Uno de los textos más polémicos es el del Padre Lacunza. Efectivamente en él, el dolor del destierro y el cambio de recepción determinan una posición teológica controvertida y una grave denuncia⁵.

El poema de Abad

En esta obra, el destierro es el motivo que impulsa su creación y formalización en un poema épico. En efecto, el alejamiento de América supuso la pérdida de aquel reino cristiano que los jesuitas instalaron y que, probablemente, suscitó las envidias y sospechas de tantos. Siguiendo la obra de Francisco Javier Alegre (reedición 1960) o la de Cretinau-Joli (1853), podemos darnos una idea de lo que fue la inmensa y valiosa tarea de la Compañía en América. Dividieron el continente en provincias, cuyos límites no siempre coincidían con los límites políticos de la administración española. Tenían sistemas propios de organización política, especialmente en las misiones, en las que respetaban las autoridades indígenas, sus dialectos y costumbres. Organizaban el trabajo en función de una economía sana y de una competencia exitosa, muchos mercaderes europeos preferían comprar los productos de las misiones porque eran de mejor calidad. Defendían a los indígenas de los intereses esclavistas y les enseñaban, junto con el catecismo, todo lo que un hombre civilizado podía aprender. En las ciudades importantes, como México, los jesuitas tenían los colegios de mayor renombre, las universidades más prestigiosas, las imprentas, los intelectuales, los científicos, en fin, estaban por demostrar que, dentro de lo que la naturaleza caída del hombre lo permitía, se podía construir un reino cristiano en este mundo.

La pieza dramática de Fritz Hochwälder, *Das Heilige Experiment*, traducida primero al francés con el título *Dans la terre comme au ciel* y luego al castellano *Así en la tierra como en los cielos* (1956), presenta muy lúcidamente este aspecto. En la obra, el padre provincial de la Compañía, residente en Buenos Aires, recibe la orden de abandonar la misión del Paraguay junto con todos los otros sacerdotes jesuitas. Se trata de dejar desamparadas 150.000 almas, con sus iglesias, colegios, casas, hospitales, plantaciones, sabiendo de los intereses espurios de los portugueses y de la incapacidad de otras órdenes para hacerse cargo de tamaña empresa. La primera reacción del padre provincial es la rebelión, pero, posteriormente reconoce que su apego a la misión no está movido únicamente por la caridad sino, más bien, por el placer humano de ver la obra del hombre. Acepta el destierro, aunque morirá antes de partir, porque entiende que la voluntad de Dios no es la de él, aunque reconoce “mi corazón hereje sigue fiel a la idea de que el Reino de Dios podrá ser realizado...en este mundo” (118).

El destierro de la Compañía hundió estas ilusiones, si es verdad que existieron, en el mar hostil que los llevó al Viejo Continente, en el que el reino cristiano de este mundo ya había sucumbido.

En la obra del padre Abad, México es un amor perdido para siempre, hasta tal punto que se encarna en un extraño personaje, cuyo nombre (¿anagrama?), es Alexis, como se lee a continuación:

*O ubinam es? Plus dimidio divellimur orbe,
et iacet immensum Mare me, teque inter Alexi.
O ubinam es? titubata inter suspiria rursus
ingemino. At nec respondet, neque me audit Alexis,
et perdo lacrimas frustra, et suspiria perdo.
Ergo abiisti, et me potuisti linquere solum
crudelis? Sed nec fuit o! crudelis Alexis,
nec potuit: nolens ille, atque invitus abivit.
[...]*

*Este mihi tu, o Sol, et Caeli Sidera testes:
nunquam ego iam demens, nunquam dein stultus amabo
mortalem, qui me invito, a me possit abire.
(V,1-17)*

Según traducción nuestra al castellano:

¡Oh! ¿dónde estás? Más de la mitad del orbe nos aparta y un inmenso mar yace entre tú y yo, Alexis. ¡Oh! ¿dónde estás? clamo contrariado entre vacilantes suspiros y Alexis ni me escucha ni me responde, y derramo lágrimas en vano y derramo suspiros. ¿Entonces te fuiste y pudiste dejarme solo, oh cruel? Sin embargo, no fue cruel Alexis, ni pudo serlo: se marchó involuntariamente y sin saberlo. [...] / Seme testigo, oh Sol y Astros de los Cielos: nunca amaré, demente y necio, a algo mortal que me atraiga y me pueda abandonar.

El recuerdo de la patria es, en los desterrados, una fuente de inspiración que ha dado muchos frutos en la literatura. Pero lo que determina el tratamiento del tópico es el valor cualitativo de la patria que se abandona y la actitud que asume el desterrado frente al castigo: resignación, angustia y o resentimiento.

El destierro de Adán y Eva marca, para la cultura occidental, la condición de exiliado del hombre en esta tierra a causa de sus pecados, pero también su esperanza en el reino eterno. En este sentido, toda literatura cristiana es obra de desterrados y también, obra de esperanza. Distinto parece ser el caso del paraíso perdido en el mundo de la paganidad. Nacido del mismo tronco bíblico, pero corrompido en su integridad, el misterio se vuelve mito y pierde, en su versión más trágica, el consuelo de la esperanza.

Dentro de la tradición cristiana, la hermenéutica nos señala un primer poema como antecedente literario, el salmo 136, que en la versión de la *Vulgata* dice:

*Super flumina Babylonis illic sedimus et flevimus,
cum recordaremur Sion.
In salicibus in medio eius
suspendimus organa nostra;
quia illic interrogaverunt nos,
qui captivos duxerunt nos,
verba cantionum;
et qui abduxerunt nos:
hymnum cantate nobis de canticis Sion.
Quomodo cantabimus canticum Domini
in terra aliena?
Si oblitus fuero tui, Ierusalem,
oblivioni detur dextera mea.
[...]*

En la traducción de Straubinger (1949: 430-431):

Junto a los ríos de Babilonia / allí nos sentábamos y
llorábamos / acordándonos de Sión / En los sauces de aquella
tierra / colgábamos nuestras citharas / porque allí nuestros
raptos nos pedían cánticos / y nuestros atormentadores
alegría: / “cantadnos de los cantares de Sión” / ¿Cómo cantar
un canto de Yahveh en tierra extraña? / Si yo te olvido, oh
Jerusalén / olvídense de sí mi diestra /

La patria abandonada, en este salmo, es nada menos que Sion: la tierra que Dios le dio a su pueblo. La vida de los desterrados se justifica o por la ilusión de volver a ella o de descansar, después de la muerte, en el seno de Abraham. Babilonia siempre será para ellos un extraño suelo, el país de sus captosres y de los enemigos de Yahveh. Por eso el poeta no cree que se puedan cantar los cantos sagrados en aquella tierra. La promesa de no olvidar la patria representa la fidelidad a la ley y al Dios de Israel.

Sin lugar a dudas, México no era Sion y Europa tampoco era Babilonia. Cualquier jesuita en sus cabales no podía confundirlas ni tampoco creer que América era un paraíso. Pero sí parece, por los textos que vamos trabajando, que la Compañía tenía en América las esperanzas de restaurar la cristiandad con un sistema político y religioso que en Europa, ya modernizada y corrompida, sería imposible de poner en práctica. Abandonar América no suponía solamente dejar atrás el suelo patrio, sino la posibilidad de cimentar un reino cristiano, tal vez el último.

¿Por qué un poema heroico?

La vigencia del género épico en la literatura hispanoamericana hasta finalizado el siglo XVIII responde a razones extraliterarias que no podemos exponer en este breve trabajo. Pero si reconocemos la finalidad ética y política que el género ha tenido desde su formalización en las fuentes bíblicas y paganas, es coherente admitir que en América el género tuviera una pervivencia mayor y un cultivo más numeroso.

Es evidente que las fuentes modernas del poema de Abad son, por lo menos, *El Paraíso Perdido* de Milton y la *Cristiada* de Hojeda. Aunque, en comparación con ambas, el plan de la obra de Abad se diferencie mucho de ellas.

Todo el poema trata de Dios y de los hechos heroicos de Él y su Hijo, entonces ¿dónde está el interés político?, ¿dónde la coyuntura histórica? La elección del género heroico obedece, a nuestro parecer, a encontrar en Dios al único “héroe” capaz de triunfar sobre este mundo y de hacer justicia entre los pueblos. Por esto es necesario realzar el “*ethos*” divino, por esto es imprescindible reavivar el “*epos*” de Jesucristo y por esto la obra, a diferencia de sus fuentes más cercanas, finaliza con la Parusía o el triunfo del héroe. Pero, entonces, ¿qué lugar ocupa el destierro del autor, cuando ni siquiera

se lo nombra? Alexis es México, el amor de la patria perdida y este dolor acompaña, siempre desde la presencia de la primera persona, las nostalgias, las angustias del poeta y la búsqueda de la justicia divina. Dios, sólo Él, vengará a los pobres, a los afligidos, a los que sufrieron persecución. No necesita Abad una revancha histórica, como la que desea Lacunza, sólo espera el triunfo seguro, desde la presente pero efímera derrota.

El último canto del poema muestra los acontecimientos del día del juicio y dice:

*[...] at qui iusti quondam gemuere silentes;
nunc alte extollunt vocem: et quae pessima passi
nil meriti, lamentantur: cassosque labores
qui fecere suos, magnamque dedere ruinam
constanter digito ostendunt; poenasque reposcunt.*

Según nuestra traducción: “[...]y los justos que padecieron silenciosos, ahora levantan la voz y lamentan las cosas horribles padecidas sin culpa, y señalan con el dedo a quienes hicieron inútiles sus trabajos y constantemente les dieron gran fatiga, y exigen su castigo”.

No es el dedo acusador del poeta, no es él que reclama como víctima, al menos de manera explícita. Pero la obra conduce al lector a entenderlo de esa manera, fundamentalmente por la mención de aquel reino injustamente perdido o de ciertos pecados en los que creemos reconocer a sus verdugos históricos, como leemos en el canto XII:

*Quis furor o! lam flagitiorum pondere fessus
nostrorum, sese male sustinet, et gemit orbis.
En plerique hominum, ceu prona animalia, terris
haerent, immemores prorsus caelique, Deique.*

*Quot passim horrenda indomitae periuria linguae?
 Quot dein, quot strages male sana Superbia, quotque
 lurida tabifico clam rodens omnia dente
 Invidia, et frendens semper rabida ore cruento
 Ira?[...].*

Según nuestra traducción:

¡Oh qué furor! Ya el orbe cansado del peso de nuestros delitos, mal se sostiene y gime y la mayoría de los hombres se sujetan al mundo como los animales de la tierra, olvidados del cielo y de Dios. ¿ Cuántas horrendas mentiras de la indomable lengua por todas partes? ¿Cuántos y cuántos estragos por la malsana Soberbia? Cuánto va corrompiendo la lívida envidia con su pestífero diente y cuánto se va indignando, siempre rabiosa, con voz cruel la Ira?

Sin embargo, Abad no se detiene demasiado en ello. El dolor del destierro vuelve una y otra vez, porque en el poeta es también causa del quebranto de su salud:

*Moesta recurrit hiems, neque iam mihi vivere fas est.
 Obruor, hiberno ut video nigrescere caelum
 horrore: atratasque dies, caligine semper
 nocti consimiles, pluviasque, nivesque parari
 aeternas, et quae truncos, qua marmora findant
 frigora, quae cursu impediunt, et flumina sistant.
 Sub caelo hoc nati rident me: aiuntque necesse
 hoc, ut deinde suo tellus det tempore fruges,
 arboreisque comis, et gramine vestiat agros.
 [...]*

*Sed memini degisse ubi nubila nunquam
 obducunt tenebris hiberno tempore caelum:
 nix ubi siquando cecidit; videre cadentem
 attonitis similes pueri, iuvenesque! [...].*

Damos en este caso la traducción de Fernández Valenzuela, menos literal, pero poéticamente equivalente:

El invierno retorna con mortal tristeza. Esto no es ya vida para mí. Me embarga la nostalgia a medida que veo cobijarse el cielo de lutos invernizos: días aciagos que se visten las ropas de la noche, lluvias ya vecinas, nieves perpetuas y fríos y rigores que dividen los mármoles y cohiben y enfrían el viaje de los ríos. Los hijos de este suelo hacen burla de mí. Dicen que así es menester que sea, para que después la tierra dé frutos oportunos y otorgue a los árboles cabellera de frondas y a los prados ropajes de verdura[....]. Pero bien me acuerdo de haber morado en otra tierra, donde los nublados no anohecen el cielo de los días invernales, donde la nieve, si acaso ha caído, fue asombroso regocijo de los muchachos y los niños (pp.305-307).

El poema de Abad habla en hexámetros latinos a una cultura de lengua vulgar y prosificada. Presenta su poema épico cuando la novela ya es el género consagrado. El tan meneado “atraso de España” y, por tanto, de Hispanoamérica, no puede ser la explicación de tal fenómeno.

Sólo Dios, héroe perfectísimo, puede volver a la justicia el orbe por Él creado. La obra anticipa, como lo hiciera Virgilio en la descripción del escudo de Eneas, el triunfo que vendrá y que será definitivo. La voz del poeta mexicano, con una erudición envidiable, un genio y una técnica poco frecuente, desde su condición de jesuita y expulsado, se alza en la moderna Europa para hacerles recordar una verdad eterna que el viejo continente ha sepultado por el peso de la razón en pleno Siglo de las Luces dando así uno de los últimos testimonios culturales de la América española antes de las revoluciones.

NOTAS

¹ La cuestión de las ediciones del poema es aún un problema por resolver. Mientras intentamos la búsqueda de dos supuestas ediciones póstumas y parciales, nombradas por el Padre Fabri, biógrafo de Abad, hemos usado la edición completa con la nota biográfica de Fabri, de 1780 que encontramos en la Sala Toribio Medina de la Biblioteca Nacional de Chile.

² Las notas biográficas sobre Abad se las puede rastrear en, al menos, tres fuentes: Fabri (1780), Medina (1914-1915) y Mayagoitia (1945).

³ Se puede seguir un estudio que hicimos sobre la obra del Padre Manuel Lacunza y que fue publicado en 2001. En las cartas de Lacunza a sus familiares de Valparaíso se puede percibir claramente la amargura que muchos de ellos soportaron en el destierro.

⁴ Nos referimos a los estudios realizados, entre otros por Rolena Adorno (1988) y Walter Mignolo (1982-1995). El fenómeno de la expulsión de los jesuitas y las obras que escribieron en el destierro, podría esquematizarse sencillamente en los cánones del discurso colonial, dentro de una semiosis colonial, o de sujetos subalternos (expulsos) o desde la apropiación de modelos metropolitanos, determinados por categorías eurocéntricas, etc. No dudamos del interés que al sociólogo le puede despertar el fenómeno de la supervivencia de los expulsos en Europa y de su dificultad de inserción en los medios sociales y eclesiásticos. Lo que ponemos en duda es la validez de ciertas categorías que los estudios culturales utilizan y que, además de reductivas, responden a planes ideológicos y modas académicas.

⁵ Se puede seguir nuestro trabajo sobre la obra del padre Lacunza (2001).

BIBLIOGRAFIA

- Diego José Abad. *Poema Heroico*. Introducción, versión y aparato crítico de Joaquín Fernández Valenzuela. Noticia preliminar de Felipe Tena Ramírez. México, UNAM, 1974.
- Didacus Ioseph Abad. *De Deo Deoque Homine heroica*. Cesena, Gregorius Blasinius, 1780. Editio Tertia Postuma. Microfilmado por conservación, restauración y microfilmación por la Biblioteca Nacional de Chile, Sala José Toribio Medina, 2006.
- Francisco Javier Alegre. *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús en la Nueva España*. Roma, Burrus y Zubillaga, 1960.
- Mariana Calderón de Puelles. "Contado con los malvados. Retórica y milenarismo en la obra de Manuel Lacunza" En: Graciela Maturo (Editora). *El Humanismo Indiano. Letras coloniales hispanoamericanas del Cono Sur*. Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, 2005, pp. 301-312.
- Gerard Decorme. *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial*. México, Porrúa, 1941. 3 vol.
- Fritz Hochwälder. *Así en la tierra como en el cielo*. Buenos Aires, Emecé, 1956. Traducción de Juan Jorge Thomas.
- Juan Luis Maneiro y Manuel Fabri. *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*. México, UNAM, 1956.
- Raúl Marrero Fente. *Al margen de la tradición*. Madrid, Espiral Hispanoamericana, 1999.

----- "Hacia una nueva lectura de la épica: la renovación teórica de los estudios coloniales" En: *El Humanismo Indiano. Letras coloniales hispanoamericanas del Cono Sur*. Ed. cit.

David Mayagoitia. *Ambiente filosófico de la Nueva España*. México, Editorial Jus, 1945.

José Toribio Medina. *Noticias bio-bibliográficas de los jesuitas expulsos de América en 1767*. Santiago de Chile, Elzeviriana, 1914-1915.